



1º de noviembre de 1874

## Las amonestaciones

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Estoy encantada con este punto de la regla que acabáis de escuchar sobre las amonestaciones, la oportunidad de decir unas palabras a propósito de este tema.

Primero os recomiendo que no os detengáis ante lo costoso de esta práctica y que no dudéis en utilizar las amonestaciones, cuando lo consideréis necesario por el bien de la Regla y de la Congregación.

En segundo lugar, quiero llamar vuestra atención sobre un punto de la Regla de San Agustín en el que quizás no os hayáis fijado hasta ahora. San Agustín dice sobre las amonestaciones (cita textual de la Regla): *Si después de una primera amonestación la culpable no se corrige, antes de manifestar su falta a las hermanas que tendrá que convencerla en caso de que lo niegue, se debe advertir a la superiora, con el fin de que, si esta hermana puede ser corregida secretamente, las demás no se enteren de su falta.*

La razón por la que insisto en este punto es que muchas personas, incluso en la vida piadosa, hacen todo lo contrario. Así, una hermana ve una falta: habitualmente se siente molesta e incómoda. Trata de hacer ver a las otras hermanas la pequeña dificultad o el malestar que siente en lugar de pensar caritativamente en los medios para corregir este defecto.

Por eso San Agustín pide que se advierta primero a la superiora porque si la hermana puede ser corregida secretamente es mejor que los demás no conozcan su falta. Porque dar a conocer los defectos o las faltas de una hermana a la superiora no tiene las mismas consecuencias. Como es responsable de la corrección necesita conocer a las personas que están a su cargo, y por lo tanto es bueno y caritativo informarla.

Por lo tanto, lo que hay que evitar de la manera más absoluta es, en los recreos, en las conversaciones, en las relaciones de los empleos, señalar los defectos de las hermanas. Si fuéramos siempre muy fieles a esta regla, en las comunidades habría más caridad, más discreción y algo más de religiosidad.

En el economato, por ejemplo, las faltas suelen ser más evidentes porque hay que tratar con muchas personas, o porque la ecónoma, al estar más importunada, tiene más oportunidades de manifestar las suyas. Si la ecónoma, al ver los defectos de las personas que acuden con gusto a hablar con ella, y que son más o menos difíciles, se dice a sí misma: "Esta persona es difícil", es un gran mal. Lo mismo si deja ver, inclusive a su asistente, lo que ha notado en la conducta de los otros, o si las hermanas comunican a otros en la conversación los defectos que han observado en la ecónoma.

¡Qué lejos, hermanas, está todo esto de la caridad, que solo ve los defectos para remediarlos! Hay que decirlo, somos un compuesto de defectos e imperfecciones, y no podemos estar en contacto con el prójimo sin encontrar estos defectos e imperfecciones. Pero ved también cómo la caridad está en la regla de las amonestaciones que quiere que, si veis un defecto en una hermana, pidáis permiso a la superiora para hacerle una amonestación de este defecto, para que, si esta hermana puede ser corregida secretamente, los otros desconozcan su falta.

Os hablaba antes del economato. En la cocina, es lo mismo: la hermana cocinera generalmente deja ver sus defectos, y ve los de las hermanas que vienen a buscar los platos, que se impacientan cuando no está todo listo a tiempo, ¡Qué sé yo! Es así en todos los empleos en los que muchas personas van y vienen. Sí, siendo celosa, una pide a su superiora amonestar a sus hermanas de las faltas en las que ve que caen, se corrige el defecto y al mismo tiempo se cuida la discreción.

La naturaleza, si la seguimos, no nos hará actuar así. Detesta amonestar; dice: "¿Cómo quieres que diga eso a mis hermanas? ... ¿Quién soy yo, que tengo tantas imperfecciones, para amonestar a los demás? Pero no le horroriza decir a una hermana en el recreo: "¡Qué impaciente es esta hermana!, ¡qué difícil es! Si quieres, no utilizará una expresión tan fuerte, se servirá de palabras más suaves, pero se las arreglará para que se entienda, para hacerlo sentir.

Es precisamente este abuso, hermanas, el que hay que desterrar, pues no hay ninguna ventaja en dar a conocer las faltas de los demás a quienes no tienen ni el deber ni la responsabilidad de corregirlos. Pero, por el contrario, es necesario un gran coraje para descubrir las faltas solamente a la persona que puede corregirlas, es decir, a la propia persona, o a la superiora.

En cuanto a las amonestaciones que se hacen directamente a la persona, nuestra Regla exige mucha prudencia y discreción, y requiere que se obtenga el permiso de la superiora. Hay dos razones para ello: la primera es que hay mucha gente -no debemos hacernos ilusiones- que agobiaría a los demás con sus amonestaciones particulares, les impacientaría sin cesar, y serían muy mal recibidas. Esto es natural.

La segunda razón es que estas amonestaciones bien podrían convertirse en otras imperfecciones. Al amonestar a una hermana, ella comienza a decir: "Pero tengo tal dificultad..." y esto nos lleva a mantener conversaciones, en intimidades irregulares. Por eso es tan importante que una persona prudente juzgue si es un celo agobiante lo que nos impulsa a amonestar, y si nos dejamos guiar por un celo lúcido, dos cosas absolutamente indispensables, si se quiere que las amonestaciones sean útiles.

Por el contrario, las amonestaciones hechas a la superiora no tienen el más mínimo inconveniente. Supongo que la cansamos, que la molestamos por quejas infundadas; después de todo, esa es su misión, para eso está. Supongo, por otra parte, que estas amonestaciones no son lo suficientemente caritativas. Ella toma algunas y deja otras, y hace lo que le parece mejor según Dios; en lugar de amonestaciones privadas de hermana a hermana que podrían hacer surgir dar lugar a incomodidades, antipatías, pensamientos malintencionados, y finalmente dar lugar a las irregularidades de las que he hablado hace un rato.

Por el contrario, nunca hay el más mínimo inconveniente en las amonestaciones públicas que se ejercen sobre cosas puramente externas. Decir, por ejemplo, "amonesto a tal o cual persona por no haber cerrado su ventana a tiempo", no hay ninguna dificultad. Es como con las culpas. Todo esto no puede hacer mucho daño en la mente de los demás, y mantiene el espíritu de obediencia, la fidelidad a las recomendaciones. Lo mismo ocurre con otras cosas. Así, cuando se percibe que se ha roto el gran silencio, se puede hacer una amonestación. Esto es bueno, mantiene la regularidad. Nosotros debemos tener un gran celo por la perfección de nuestras hermanas, para que un día sean santas, y al mismo tiempo debemos tener un gran celo por el cumplimiento de nuestras reglas, para dejar tras nosotras una Congregación perfectamente regular y fervorosa.

Pero, para que las amonestaciones produzcan este bien, deben hacerse siempre con un gran espíritu de caridad. De todas nuestras reglas, este punto particular es quizá es el que se debe ser más especialmente orientado por la caridad. La caridad, como sabéis, encierra dos cosas: el amor a Dios y el amor al prójimo. Ahora bien, al amonestar al prójimo con caridad, damos testimonio de nuestro amor a Dios por nuestro celo por su gloria, y también mostramos nuestro

amor al prójimo con nuestro celo por su perfección y por nuestro respeto a su dignidad.

Por lo tanto, queridas hijas, tened cuidado cuando veáis las faltas del prójimo, de no verlas nunca con los ojos que critican y culpan. Dios, que penetra en nuestros corazones, no podría bendecir esa mirada que hace - ¿hay que decirlo? - que nos prefiramos a los otros, que nos digamos: "¿Cómo se puede hacer esto? ¡Ah! Yo nunca habría actuado así".

Esto nos lleva directamente a la cuestión del fariseo y el publicano. Cuando nos encontramos con alguna dificultad, pensamos: "Yo nunca habría hecho eso". ¡Es insoportable ...! ¡Es doloroso...!" Y entendéis que este diálogo interior no puede ser agradable a Dios, que escucha y ve lo que pasa en nuestros corazones.

Si, por el contrario, nos decimos: "He visto el defecto; pero ¿cómo puedo ayudar para que se corrija? Es increíble cómo este pensamiento de corregir por el bien del prójimo puede evitar todas las preocupaciones y la ansiedad. El procedimiento es más humilde y caritativo, mientras que todas estas opiniones sobre los defectos o imperfecciones del prójimo, que no tienen otro resultado que un orgullo secreto, conducen a la impaciencia y a la falta de apoyo, y ambas cosas no son buenas.

Por lo tanto, queridas hijas, tengamos celo por las amonestaciones. Mantened la caridad en la humildad, pedid la perfección, no sólo para vosotras, sino también para todas vuestras hermanas, para que Dios nos haga a todas auténticas santas a su servicio.

Os he dicho muchas veces que podemos ser verdaderos santos al servicio de Dios, aunque hayamos conservado ciertos defectos, ciertas imperfecciones. Hay santos que han conservado en su exterior algo que no es muy agradable para los otros. Esto debe ser para nosotras un gran consuelo. Algunos estaban molestos, otros rápidos, otros lentos. Se hacían observaciones sobre los santos, cuando estaban vivos.

Así San Francisco de Sales, ese santo tan amable, tan realizado, decía que tardaba una hora en todo lo que hacía. Esto se debe probablemente porque, siendo naturalmente muy vital quería mantener su alma en paz y con paciencia. Otros tenían un carácter ardiente, colérico, y lo demostraban en lo que hacían. Así, vemos a San Bernardo, en su lecho de muerte, pidiendo perdón a su cuerpo por haberlo tratado tan mal. Esto fue ciertamente un exceso, una imperfección, que se veía en su conducta y en sus relaciones con los demás.

Pero, como veis, las imperfecciones externas no son un obstáculo para la santidad. Entre las personas con las que convivimos, hay algunas que pueden ser muy agradables a Dios, muy unidos a nuestro Señor y, sin embargo, conservan algunas imperfecciones externas. Pidamos a Dios que, en el fondo del alma y a pesar de cosas que son como las asperezas para la piel, vivan en unión con nuestro Señor Jesucristo y que, llenos de un gran desprecio de sí mismos, alcancen la virtud y la santidad.